

***Hermanas***  
**D. Ibareguren Barbosa**

Mercedes regresaba a casa después de una dura jornada de trabajo. El interminable trayecto desde el supermercado siempre la sacaba de quicio. Las extensas horas que permanecía sentada hacían mella en su curvada espalda, cuya agonía se manifestaba mediante dolores punzantes. Caminar era un suplicio, y los pasos cortos que pisaban el pedregoso sendero no aceleraban el final de la travesía. Por si fuera poco, el abrasador sol vespertino le golpeaba con furia los pálidos ojos, forzándola a moverse con los párpados entrecerrados. Lanzaba miradas asesinas a los lugareños que osaban cruzarse por su camino, quienes acababan apartándose con total estremecimiento.

Al llegar a su viejo portón, las tripas le rugían ferozmente. Mercedes introdujo las llaves en la cerradura, y cuando tuvo un pie dentro de la casa, una voz masculina agravó su malestar.

—¡Buenas tardes, Mercedes! —saludó el vecino de al lado.

—Váyase a la mierda —respondió Mercedes con el retumbar de un portazo.

En cuanto cruzó el pequeño salón, se apresuró a cambiarse las incómodas ropas de trabajo por el usual vestido holgado con estampado de flores blancas. Luego se dirigió a la angosta cocina, se subió al bajo taburete de madera y, de puntillas, alcanzó el armario donde reposaba la cristalería. Con un vaso en la mano, regresó al salón y sacó su ansiada botella de brandy. Antes de saciar su apetito, debía calmar la sed. Teniendo todo colocado sobre la mesa redonda que ocupaba gran parte de la estancia, se sentó en la silla desvenecijada desde la que la televisión era claramente visible. Al apoyar su peso, la silla se quejó.

La casa quedaba lejos de parecerse a las suites de hoteles de lujo acomodados para hospedar a figuras importantes. Sin embargo, en la intimidad de su simpleza y exigüidad, Mercedes se refugiaba plácidamente del mundo exterior. Hacía bastante tiempo desde que la soledad se mudó a la vivienda para acompañar a Mercedes el resto de sus aciagos días.

Mercedes encendió el televisor. Los estridentes chillidos que profirieron desde el dispositivo indicaban que su programa favorito había comenzado. Destapó la botella para rellenar el vaso, pero antes de vaciar el ambarino líquido en el recipiente, algo desvió su atención. El marco de una foto en la que dos hermanas permanecían juntas, congeladas en el tiempo.

—¡Tch! Ya ha vuelto a llenarse de polvo. —Sacó un trapo limpio del bolsillo que había cosido a la falda negruzca y repasó los contornos de la fotografía. *Quién tuviera treinta años menos*, pensó al verse reflejada en aquella imagen. Durante un instante, los

ojos se posaron en la alta figura que rodeaba con finos brazos a su joven persona. Volvió a colocar el marco en la repisa alejando pensamientos nostálgicos.

De camino al asiento, el angustiante chirrido del timbre perturbó la anhelante calma de Mercedes.

—¡Tch! ¿Y ahora qué?

Al abrir la puerta, una mujer desconocida invadió la privacidad de Mercedes antes de que esta pudiera si quiera pronunciar palabra. Entró ignorando la presencia de la dueña de la casa, como si aquel lugar le perteneciera a ella. Giraba la cabeza con sinvergonzonería, esparciendo miradas descaradas en cada esquina que atraía su atención. La perplejidad de Mercedes le había impedido reaccionar de forma inmediata ante las impertinentes maneras de aquella intrusa. En cuanto recuperó la compostura, estalló como una olla a presión que se abre por error.

—¡Pero bueno! ¿Cómo se atreve a entrar en mi propiedad? —vociferó abriendo los saltones ojos como platos.

Fue entonces el momento en que la mujer advirtió la existencia de Mercedes. Se dio la vuelta, revelando un rostro cuando menos pintoresco. La cirugía se había divertido moldeando los cimientos de la nariz y engordando ambos pómulos en exceso. Los labios tampoco habían esquivado la inyección del doctor, dejándolos tan hinchados como dos alargadas sanguijuelas que se alimentan de sangre violeta. Eso era, indiscutiblemente, lo que más la impactaba de aquel esperpéntico semblante; la cantidad ingente de maquillaje que salpicaba hasta el trozo de piel más recóndito. Aquellos ojos caídos manchados de pintura negra podrían suplantar a los de un mapache sin prestarse a confusión. Encima la respingada nariz sufría la perforación de una argolla plateada, que hacía juego con los enormes aros de las puntiagudas orejas. Por no mencionar que el peinado corto que traía era inadecuado para una mujer de su edad.

A Mercedes le repugnaba aquel exagerado nivel de artificialidad.

—Merche, querida —saludó la mujer de apariencia grotesca. Tuvo que agachar la cabeza para encontrarse con la feroz expresión de Mercedes—. Qué gorda estás. Más vieja. A mí no se me nota, ¿verdad? La ciudad, que hace maravillas. Déjame decirte que el pelo rizado no te sienta nada bien.

Le dio un vuelco al corazón al reconocer la melosa tonalidad que endulzaba la melodía de la desconocida. Aunque estaba claro que los años deterioran los sonidos más bellos, la esencia permanece audible a oídos de quienes la conocen desde la infancia.

*Eres tú.*

—¿Se puede saber quién es usted, que me trata como si la conociera de toda la vida? —Mercedes se aferró a la cruz colgante de su cuello mientras el sudor empezaba a acumularse en los pliegues de la piel.

—Querida, soy yo. Lola. Tu hermana.

—Yo no tengo hermanas —replicó Mercedes clavando la vista en el techo carcomido por la humedad.

Dolores soltó una estrepitosa carcajada.

—Me encanta tu sentido del humor, querida. —Volteó de nuevo para proseguir el detallado escaneo de los enseres que amueblaban el salón. El único ruido que interrumpía el silencio pesado entre las dos hermanas era el de los reproches hirientes que el televisor emitía. Se apropió del mismo sitio en el que Mercedes había intentado despejarse minutos antes, sacó una caja de tabaco de la riñonera deshilachada que le rodeaba la fina cintura y hundió de nuevo la mano en busca de, según suponía Mercedes, un mechero.

*Ni siquiera se sienta como una persona normal*, pensó allí paralizada en la entrada al contemplar cómo Dolores exhibía la extraña inclinación a sentarse de lado con la pierna derecha apoyada sobre la otra rodilla, de espaldas a la botella de alcohol.

—¿Tienes fuego? Ah, no. Olvídalo. —Sacó un extravagante mechero rosa chillón adornado con piedrecitas resplandecientes.

Mercedes recobró el habla cuando las primeras cenizas acariciaron las frías losas del suelo.

—¡Tch! ¡Mira cómo me lo estás dejando! —Corrió a la cocina a por la escoba y el recogedor. Barrió hasta la partícula más nimia con tal de postergar lo máximo posible la interacción con Dolores.

No advirtió lo que esta hacía hasta que se decidió a levantar la cabeza.

La boquilla del cigarro había reorientado el rumbo para acabar despegando en el borde del vaso relleno de Brandy.

—No bebo, querida. —Expulsó una larga bocanada de humo mirando a Mercedes de reojo.

Mercedes trató de mantener la calma, pero el rancio olor del tabaco acabó filtrándose por los orificios nasales. Tosió violentamente, dejando caer la escoba al suelo con un golpe seco. Por algún motivo que Mercedes desconocía, aquello desencadenó la excéntrica risa de la mujer que aclamaba ser su hermana.

—Qué torpe eres. No has cambiado nada, querida.

Mercedes pegó un fuerte manotazo en la mesa, que hizo tambalear vaso y botella.

—¿Qué haces aquí, Dolores?

—Lola, querida. Lola. —Su rostro se escondía detrás de la nube que creaba con la boca. Aun así, el perfil de los labios lograba vislumbrarse por el llamativo color violáceo que los maquillaba.

—Madre está muerta.

—Lo sé. ¿Crees que hubiera venido hasta aquí si esa señora siguiera vivita y co-leando? No seas estúpida, querida.

Sin apartar la vista de Dolores, Mercedes ocupó la silla paralela. No se molestó en abrir las ventanas, permitiendo que la atmósfera de la pequeña sala se enturbiara con las cenicientas malas formas de la visitante. Dolores alzó la barbilla, lo que intensificó la altivez que desprendían sus miradas discretas.

—¿Qué haces aquí, Dolores? —repitió Mercedes, esta vez con las dos manos apoyadas sobre la mesa.

—Lola. Llámame Lola.

—¿Es por la casa? ¿Acaso te has atrevido a venir después de...? No sé. ¿Treinta años, para quedarte con *mi* casa?

—*Ya* tengo un hogar, y no es entre estas cuatro paredes de mala muerte. —En la misma mano con la que sujetaba el cigarro, el dedo anular lucía una alianza que Mercedes había pasado por alto.

—¿Vienes a echármelo en cara, entonces? ¿Que mientras *yo* cuidaba de la familia, tú gozabas del libre albedrío?

Dolores resopló.

—Esa gente nunca fue mi familia, querida.

—¡Tch! Venga, victimízate. Llámame torpe si quieres, pero tú continúas siendo la misma llorica de siempre.

La silla de Dolores cayó con brusquedad cuando se levantó repentinamente. En lugar de responder, se dirigió al agrietado sofá de cuero verdoso cubierto por una fila de cojines abultados. Empezó a tirarlos hacia un lado sin prestar atención hacia dónde aterrizaban.

—¡Que me los vas a quemar, sinvergüenza! —Mercedes se lanzó hacia la espalda de Dolores, intentando sujetarle los brazos para que parara aquella insensatez.

Las dos forcejearon con intensidad, hasta que Dolores se libró del agarre de Mercedes y tiró el último cojín hacia el suelo.

—¡Ahí está! —gritó Dolores, señalando un pequeño círculo de cuero ennegrecido que contrastaba con el resto del sofá—. ¿Recuerdas lo que me hizo tu padre al creer que fui yo quien quemó el sofá? ¿Te acuerdas de mis gritos? ¿Y de cómo madre no movió ni un dedo?

Mercedes bajó los ojos, que empezaban a escocerles. Recogió los cojines del suelo y los fue colocando de nuevo en su sitio.

—Nuestro padre tenía mal pronto. ¿Y qué? ¿Eso te daba derecho a abandonarme a *mi*?

—*Tú* padre, querida. ¿Todavía la tienes? —Al estar de espaldas, Mercedes ignoraba a qué se refería—. Lo recuerdo. Fue un día antes, ¿verdad? Antes de irme. Madre la hizo, pillándonos desprevenidas. Nos abrazábamos porque habíamos jurado estar juntas, siempre.

Mercedes echó un vistazo por encima del hombro. El humo envolvía la estancia, dificultando la visibilidad. La figura de Dolores era, no obstante, perceptible. Sostenía el marco de la foto que se hicieron tantos años atrás.

Respirar en aquel entorno saturado era perjudicial para la salud de Mercedes. Sus pulmones ardían con cada inspiración, pero por alguna razón incomprensible, la tos había desaparecido. Arrastrando el dolor que sentía, se acercó a su hermana.

—¿Por qué estás aquí, Dolores?

Dolores dio una última calada antes de sumergir la colilla en el vaso de cenizas. Instantes más tarde, le devolvió la memoria fotografiada a Mercedes.

—Estoy aquí por *ti*.

—Te echo de menos.

En el semblante de su hermana se dibujó una triste expresión. Posó la mano sobre su mejilla, y Mercedes se aferró a ella como había hecho con la cruz en el cuello. Cerró los párpados, absorbiendo la calidez de su tacto. Del televisor salieron alegres vítores acompañados por efusivos silbidos. Quería quedarse allí, pero los aplausos empezaron a molestarla. Retumbaban en su cabeza como platillos de batería después de ser golpeados.

Cuando abrió los ojos, el programa acababa de terminar. Irguió la cabeza, desorientada. Sentía la mejilla acalorada, como si la hubieran presionado con algún objeto pesado. En el filo de la mesa, la mitad de la botella de Brandy, destapada, se reía de ella. Justo donde había tenido la cabeza apoyada yacía el marco de la fotografía.

Sollozó, una vez más, contemplando el recuerdo de su hermana.